

Álvarez, Fulgencio. **Experiencia, axiología y actitud ética del profesional**. En publicación: *Cuadernos Nacionales, Número 5: Globalización, TLC, privatización*. 2005. IDEN, Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá, Panamá
Disponible en la web:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/panama/iden/alvarez.rtf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

biblioteca@clacso.edu.ar

EXPERIENCIA, AXIOLOGÍA Y ACTITUD ÉTICA DEL PROFESIONAL¹

Dr. Fulgencio Álvarez²

Experiencia Axiológica y Actitud Ética del Profesional

Vivimos bajo la sombra de un mundo agobiado y desgarrado por la violencia, la guerra, el desprecio por la justicia y la miseria de millones de seres humanos, en suma, nuestro mundo agoniza y la vida humana se hace insoportable.

Nietzsche, con su filosofía del martillo, nos advertía ya en el siglo XIX, que el momento culminante del desarrollo de una civilización marcaba el inicio de la corrupción y de su decadencia.

“Los hombres han logrado un dominio descomunal de las fuerzas de la naturaleza, que con su ayuda le es fácil exterminar hasta el último hombre. Ellos saben muy bien que de ahí se deriva su inquietud actual, su infelicidad, sus sentimientos de angustia (...) acepto el reproche que me hacen mis semejantes, de que soy incapaz de traerles ningún consuelo para esta sociedad dominada por el instinto de agresión y de autodestrucción.”

El creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, con cierta dosis de pesimismo escribió:

1 Conferencia dictada en el Seminario Valores y Corrupción, Centro Regional Universitario de Veraguas, Octubre 29 de 2004.

2 **Doctor Fulgencio Álvarez:** Director de la Extensión Universitaria de Aguadulce, Universidad de Panamá.

En el siglo XX, Robert Hartman se preguntaba:

“¿Por qué la gente es tan buena para organizar el mal, pero tan mala para organizar el bien?”

Hoy, los profetas de la postmodernidad proclaman el “*todo vale*” como guía de las valoraciones humanas, abriendo viejas y nuevas heridas a la precaria y desesperada condición existencial del hombre.

Son muchos y diversos los enfoques que desde la filosofía se han divulgado para esclarecer y comprender los cimientos éticos de la cultura, es decir, del modo de vida propio de pueblos y sociedades. En el centro de esta reflexión, la preocupación por la ética y los valores morales ocupan un lugar de preferencia.

Hoy, la necesidad de la ética se deduce de las decisiones del hombre en tanto que éstas afectan las relaciones con el medio y con los demás. Por ello, esta disciplina filosófica del comportamiento humano se ha puesto de moda. Los políticos, los científicos, los medios de comunicación y todos los sectores sociales hablan a menudo de la ética y de los valores morales.

Sin embargo, cuanto más se habla de valores, más ausentes están de nuestras vidas. Cabe entonces, preguntarnos:

- ¿Qué se ha hecho mal para provocar tanta distorsión en el modo de apreciar y vivir los valores?
- ¿Por qué triunfan los antivalores?
- ¿Vale la pena vivir y actuar desde la ética?
- ¿Es posible construir nuevas tecnologías éticas para saber convivir y saber vivir bien o mejor?
- ¿Por qué se le exige un comportamiento ético a las personas y, por ende, a los profesionales?
- ¿A quién afecta la inmoralidad de los actos profesionales?
- ¿Qué espera la vida y la sociedad de sus profesionales?

Reflexionar sobre los fundamentos axiológicos de la ética es una tarea necesaria e ineludible en los actuales momentos. Por ello, intentaremos abordar, en apretada síntesis, uno de los ámbitos axiológicos menos estudiado, como lo es la descripción fenomenológica de la conciencia en su intencionalidad para descubrir, apreciar, interiorizar y expresar los valores morales, a través de actitudes y comportamientos concretos.

Comprender cómo la conciencia aprehende y experimenta la vida afectiva, implica considerar la dimensión ética de la existencia humana.

Ética y Moral

En su más radical sentido, la Ética alude a la actitud del hombre ante la vida. El **ethos** o morada, expresa el modo de vivir de la persona; es el lugar íntimo donde se refugia la conciencia para dar razón de su existir y su obrar, conforme a lo moralmente bueno o valioso. En consecuencia, el objeto de estudio de la Ética lo constituyen nuestras decisiones en tanto que éstas afectan positiva o negativamente a los demás.

La Ética califica las cualidades o valores que hacen buena una acción. El propósito de la Ética es formar actitudes y convicciones en la persona para que actúe en consonancia con las normas. Las normas contienen los valores y los principios morales que guían la acción.

La vida se realiza ejecutando acciones; el hombre es según sus acciones y decisiones; el carácter de la persona es la suma de todas sus acciones y decisiones.

Se afirma, con mucha razón, que el hombre es constitutivamente un *animal moral*, es decir, en su sentido primigenio un *animal político*, al decir de Aristóteles. Esto es así, pues a cada instante de su vida tiene que actuar y decidir. Decidir lo mejor, lo más valioso y más deseable para la vida es el gran problema ético de la existencia humana.

Todo acto moral entraña la necesidad de elegir y preferir lo moralmente bueno. Por lo tanto, en toda decisión late y palpita los valores morales. Así, calificamos a una persona como moralmente buena si cumple con la norma, es decir, cuando se hace responsable de sus decisiones y de las consecuencias de sus actos. Lo bueno, en sentido moral, hace referencia a las cualidades, actitudes y convicciones de la persona para actuar de acuerdo con la norma.

“No es lo mismo ingresar en el mundo que ingresar a la vida. Cuando aparecemos sobre la Tierra somos incapaces de dirigirnos; y sólo lenta y progresivamente vamos alcanzando las auténticas dimensiones de la conciencia y de la libertad”,
Se ha dicho que:

en este contexto hay que situar la responsabilidad moral y profesional.

Conducirnos conforme a los dictámenes de nuestra conciencia, conforme al deber y advertencia de la realidad exterior, implica el reconocimiento de que somos sujetos dotados de sentimientos y conciencia; que actuamos movidos por la emoción, la voluntad y la reflexión, persiguiendo determinados fines.

El hombre es un ser abierto al mundo y a la inversa; es decir, el hombre se realiza en la realidad con las cosas, consigo mismo y con los demás. El individuo que aspira a ser alguien en la vida, es aquél que se autodemanda deberes y obligaciones y está siempre de buen talante para la acción libre y creadora. La vida es una total responsabilidad. Cada decisión y elección compromete nuestro ser y el ser de los demás. De lo anterior se deduce el grado de responsabilidad que al hombre le incumbe en cada uno de sus actos.

La primera responsabilidad de un individuo es su propia persona; sólo así se podrá servir con eficiencia, respeto y solidaridad al prójimo y a la sociedad en general.

Todo lo anteriormente expuesto carecería de sentido sin la noción de valores, pues los valores y los principios morales son los componentes de la conciencia. Darse cuenta de lo que es valioso es requisito **sine qua non** de la estructura de la conciencia responsable.

Cabe, entonces, preguntarse:

- ¿Cómo puede la conciencia aprehender el valor moral?
- ¿Cómo se desarrolla el sentido moral en la persona para saber estimar, saber valorar y saber preferir lo moralmente bueno?
- ¿Cómo saber que una persona posee valores?
- ¿Cuál es la estructura de valores que debe poseer un profesional y cómo debe vivirlos?

La carencia de una prístina comprensión del significado de estas interrogantes desemboca en distorsiones para vivir profundamente los valores. Hoy en día, observamos una crisis generalizada del modo como el hombre vive los valores; no obstante ello, no afecta propiamente a los valores, sino a nuestras valoraciones, es decir, a nuestra forma de darle sentido a las cosas y a los actos humanos. De lo que se trata es de determinar qué es lo más importante en un contexto referencial de los valores buscados.

Vivencia de los Valores

José Ortega y Gasset, refiriéndose a la disposición del hombre por captar los valores señaló: “Los valores no se ven con los ojos, como los colores, ni siquiera se entiende como los números y los conceptos. La belleza de una estatua, la justicia de un acto, la gracia de un perfil femenino, no son cosas que quepan entender o no entender. Sólo cabe sentirlas, y mejor, estimarlas o desestimarlas...”

Este texto nos dice que el lugar de los valores son las emociones, esto es, la vida afectiva, ella es la raíz y proyección de los valores.

Los seres humanos somos seres emocionales, puesto que ante las experiencias de la vida, reaccionamos juzgando las cosas y las acciones en forma favorable y contraria. Las emociones y los sentimientos nos indican cuando hemos alcanzado una meta o un propósito en la vida.

Nuestro cerebro trabaja mediante las emociones. Las emociones pueden ser positivas o negativas, agradables o dolorosas, como por ejemplo, la alegría y la tristeza. Si el cerebro se rodea de emociones positivas creará ámbitos para el despliegue y desarrollo de actitudes y hábitos virtuosos; por el contrario, si se rodea de emociones negativas se envilecerá y caerá en hábitos viles, como por ejemplo, la corrupción.

Es importante y vital la educación de los sentimientos y de las emociones en el ser humano. La sensibilidad para captar, reconocer y vivir los valores depende del modo como cultivemos o descuidemos la formación de nuestra conciencia valorativa. Los valores se aprenden estimándolos, interiorizándolos y dándoles la importancia que, en realidad, tienen en todo lugar y momento.

El ser humano adquiere la noción de lo bueno a través de las experiencias concretas. La vivencia de los valores afecta el modo de ser de la persona. Así, por ejemplo, cuando una persona es injusta e insensible su conducta afecta a otras personas con las que se relaciona.

El desarrollo del sentido moral en la persona hace referencia a la experiencia de captar y vivir el valor; este sentido percibe las cualidades de las cosas y de los actos humanos. Así, la justicia, la honestidad, la responsabilidad y la bondad se estiman o desestiman directamente tal y como lo expresaba Ortega y Gasset.

El sentido moral es un componente intrínseco de la vida, se concreta en el comportamiento y es una respuesta del sujeto a los estímulos de la realidad circundante. Este sentido fomenta la sensibilidad de la conciencia para atender lo más importante y estar dispuesto a pagar, incluso un precio muy elevado, por la defensa de estos principios.

En el orden de la formación educativa y profesional es más importante formar las actitudes que la simple transmisión de saberes, habilidades y destrezas propios del ejercicio profesional. Es preciso invertir la preferencia de reclamar derechos en lugar de cumplir con los deberes.

Actitud Ética del Profesional

En la Ética prevalece la concepción de que no sólo hay que convivir con el mundo y con los demás, sino saber vivir adecuadamente.

Para Aristóteles la vida moral suponía la satisfacción del buen obrar conforme a la virtud, entendiendo ésta como el cumplimiento de los deberes. La persona que cumple con el deber siente satisfacción por lo actuado de concordancia con lo anterior. Desde estos miradores cobra vigencia y sentido la responsabilidad de los ciudadanos.

Políticos, educadores y medios de comunicación incitan constantemente a la gente a actuar moralmente; sin embargo, la realidad es otra. No hay claridad sobre cuáles valores son los más importantes para una sociedad... cuáles dependen de otros, cuáles son imprescindibles,...etc.

En el ámbito profesional ha sido desestimada, como algo secundario, la educación en valores; en lugar de ello se ha preferido desarrollar las competencias para formar profesionales competitivos, socialmente rentables en el mercado laboral.

Si bien es cierto que la preparación científica del profesional es una necesidad incuestionable, ésta no puede estar por encima de la calidad ética y humana que debe adornar a toda persona como parte inherente a su condición.

La actual sociedad del conocimiento exige una permanente rendición de cuentas de la conducta ética del profesional. No basta con tener una profesión, sino que es necesario también ejercerla a cabalidad. Un mal desempeño profesional daña al protagonista en su autoestima; daña a la propia profesión y lesiona las expectativas sociales que se esperan de ella. Cuando el profesional pone en riesgo la credibilidad de instituciones y organizaciones, la honra y seguridad de las personas, anula la esencia misma de la profesión y se autodestruye moralmente, convirtiendo su vida en algo insoportable.

El profesional debe tener una sólida estructura de valores y una consistente base epistemológica de su formación. No se puede ser un buen político o buen docente si no se es, primero, una persona -en el buen sentido de la palabra- buena.

De lo anterior se deduce la eticidad de la profesión, que debe cumplir con los siguientes principios morales:

- El deber del profesional es poseer una buena sensibilidad y conciencia, capaz de vivir en la verdad, en la honestidad y en la virtud.
- Rectitud en sus intenciones y convicciones para actuar de acuerdo al deber y a las normas socialmente aceptadas.
- Competencia para ejercer y aplicar los conocimientos propios de la profesión y enriquecer a ésta.
- Desarrollo del sentido moral con la finalidad de examinar y calificar sus propios actos.

Estos y otros más son los grandes desafíos que demanda el ejercicio cabal de una profesión. El éxito de la vida profesional descansa en la manera como apreciamos los valores y en la vida digna que merecen todos los seres humanos.